

la colmena en mi tinta

Antonio Cajero Vázquez

“Veinte años después” o “Veinte años antes”, según la perspectiva adoptada, pudo titularse este mínimo y personalísimo recuento. Por ello, más que un homenaje quisiera que mis palabras sirvieran para vindicar una publicación cardinal en mi formación, *la colmena*, así todo con minúsculas, como fue concebida hace dos décadas en un tardío gesto transgresor: en ella he publicado versos —y no sé si de alguna buena imagen o una combinación feliz—; he sido corrector de estilo —con toda la fama de ser ‘demonio de la corrección’, Virginia Aguirre *dixit*—; fui reseñista oficial —acaso injusto, acaso demasiado indulgente— y, hoy, consejero editorial y dictaminador —con casi nada qué aconsejar—.

Ansioso por publicar mis desatinos, desde que conocí *la colmena*, me sentí atraído por el plan en marcha de Virginia Aguirre (q.e.p.d.), con la siempre sensible consejería de Eugenio Núñez. El amplio formato (tamaño oficio), las pastas de color, el enigmático hexágono al vacío, el costoso papel couché y el limpio diseño de *la colmena* inaugural seguramente sorprendió a más de uno. En aquellas fechas, por los aires de la, a veces, anodina cultura toluqueña volaba *La Hoja Murmurante*, de Héctor Sumano; las *Hojas de Sal*, de Jorge de la Luz; *Castálida*, del Instituto Mexiquense de Cultura; previamente, ocuparon un honroso sitio en los escaparates los suplementos *Vitral*, del periódico *Rumbo*, y *Mapa de Piratas*, en su doble época de *Rumbo* y *El Sol de Toluca*. Por supuesto,

no faltaban las charlas del Centro Toluqueño de Escritores o del grupo tunAstral.

Hago memoria y no atino a recordar cómo llegué a las nómadas instalaciones de *la colmena* por vez primera. Imagino que un día tomé valor, como lo hice con *Los Libros Tienen la Palabra*, *La Jornada Semanal* o *Este País*, y decidí lanzarme al ruedo con mis textitos. Por supuesto, Virginia me recibió sin intermediarios. Sería a principios de 1994. De ahí en adelante, empecé a colaborar con cierta asiduidad. Primero con escritos de diversa laya: versos, prosas ensayísticas y reseñas. Enseguida, llegó el momento en que me vinculé de forma más o menos permanente como corrector de estilo de la revista. No hubo contrato ni nada oficial, sino mi palabra y la confianza de la directora.

Casi al mismo tiempo, me convertí en el reseñista oficial, es decir, me encargué de reseñar los libros publicados por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). Como se observa, mi labor institucional iba más allá del espacio alambrado de la Facultad de Humanidades donde impartía cursos de asignatura y cursos de verano desde 1992. El suceso que más me conmovió en esta primera participación en *la colmena* fue saberme parte de un logro que, a mi juicio, merece destacarse por su carácter emblemático: en la FIL de 1994, *la colmena* obtuvo Mención Honorífica en el Premio Arnaldo Orfila Reynal a la edición universitaria, en el género revista de difusión cultural; un año más tarde, en 1995, esta publicación ganó el Premio Arnaldo Orfila Reynal a la edición universitaria. Ambos logros enorgullecieron a quienes participábamos como colaboradores, editores, correctores, dictaminadores y autoridades generosas. En ese momento pensé que la revista terminaría con la administración en turno: me equivoqué, y con creces, porque ahora alcanza su vigésimo aniversario. Hacia mediados de 1997, lamentablemente, mi labor de corrector culminó como empezó, sin repercusión legal; con ello, también cesaron mis colaboraciones: un silencio que me dolió siempre por su estridencia en mi carrera individual.

En una segunda etapa, y gracias a la generosidad de Juan Carlos Carmona, en 2011 me integré al Consejo Editorial de *la colmena* y, en consecuencia, al cuerpo de dictaminadores de esta revista fundamental para la historia de la UAEM y, de pasada, para quienes hemos estado en algún frente o en varios, convocados por el deber (y el querer) institucional. Como la novela homónima de Camilo José Cela, *la colmena* ha sido testigo del paso de los años, del crecimiento de su nómina de colaboradores, de las mejoras en todos los órdenes del diseño y, en fin, de 'otros' textos y 'otras' literaturas. Sospecho que ni sus inventores habrían esperado que *la colmena* perviviera cinco

rectorías de manera ininterrumpida. Yo mismo, veinte años después, me siento tan perplejo como veinte años antes.

El título, *la colmena*, me parece un símbolo perenne de la propia Universidad, porque está en su germen y espero que no pierda vigencia: como parte de su escudo, la colmena convoca al cúmulo de abejas para trabajar por la comunidad y en comunidad. De esta forma, en torno de la revista, los universitarios de todos los colores y de todos los calibres han contribuido, desinteresadamente, para su consolidación. Cabe, en este sentido, recordar que no se trata de una colmena a secas, sino que se halla sembrada en un campo fértil que se regenera cíclicamente. Así, las palabras de José Yurrieta Valdés devienen incontestables al interpretar los colores de la insignia universitaria:

el color verde, que simboliza la naturaleza, la tierra, cuando ésta está trabajada por el hombre y se encuentra en vías de producción; y el amarillo oro, que representa a la misma naturaleza, pero ya cosechada en otoño, cuando ya rindió sus frutos en beneficio del hombre. O, lo que es lo mismo, se copiaron así los colores estacionales del entorno: el verde de la primavera y el verano, cuando llenan las panojas en el desarrollo del maíz; y el amarillo, cuando ocurre la época de la cosecha, en la cual las plantas se convierten en paja amarillenta. Fue éste, precisamente, el origen de los colores institucionales que representan, en el colegio, la juventud antes y después de ser educada.

Por mi parte, pienso que el proyecto que encabeza hoy Juan Carlos Carmona merece el respaldo incondicional y total de las autoridades, porque así se construyen las instituciones: a fuerza de tenacidad, retos y constancia.

Muchos años más a esta pródiga colmena que ha dado miel y ha hecho ruido y se ha propalado por una geografía insospechada desde hace dos décadas: desde su versión impresa que iba de mano en mano hasta el espacio cibernético de una aldea global, paradójicamente, incapaz de competir con la simple complejidad de *La Colmena*.LC

ANTONIO CAJERO VÁZQUEZ. Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Es profesor e investigador en El Colegio de San Luis desde agosto de 2009. Entre 2002 y 2004 fungió como *teaching assistant* en el Romance Languages Department de la Universidad de Harvard. Ha publicado en revistas académicas nacionales e internacionales (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, *La Nueva Literatura Hispánica*, *Literatura Mexicana*, *Variaciones Borges*, *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*). Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores.